

Caminos de Hierro

ARGUMENTO INEDITO

ESCRITO EXPRESAMENTE PARA EL CONCURSO DE LA HERMANDAD FERROVIARIA

(Por OCTAVIO DE LA SUAREE)

CARACTEROLOGIA DE LOS PERSONAJES PRINCIPALES

- 1o.—Maquinista jefe de talleres.—Hombre adusto, servicial, correcto y tan vinculado al Ferrocarril, que se le estima una tuerca más en el engrasaje de la maquinaria.
- 2a.—La dama joven, hija del anterior Niña primero, señorita después, su figura llena de gracia primaveral la película.
- 3a.—El galán. Encarnación genuina del "centura" criollo. Tipo contradictorio, muy del trópico, ararero y formal a la vez.
- 4a.—El villano.—Encarnación de la obstrucción y del sabotaje sistemáticos. Figura turbia, muy conocida de los círculos obreros.
- 5a.—El cómico.—Personaje cuyos buenos sentimientos, exageradamente expresados, mueven a risa. Fiel a su jefe como la lengua a la boca.

SINOPSIS DE SINOPSIS

ESTE ARGUMENTO TIENDE A DEMOSTRAR:

- a) Que no hay progreso efectivo sin Ferrocarril.
- b) Que el Ferrocarril desempeña una misión imprescindible en el medio social moderno.
- c) Que las colectividades ferroviarias son la quintaesencia del espíritu proletario.
- d) Que el camino de hierro es vía de bienestar general.

LEMA: CAMINO DE HIERRO, CAMINO DE BIENESTAR

LA CAMARA presenta un aspecto variado de la campiña criolla, donde predominan los tramos hirsutos, inexplorados casi por la planta del hombre. Secciones de arboleda. Una que otra palma. También, en lugares estratégicos, donde la vegetación es menos tupida, alguno que otro humildísimo bohío. La lente, en una de sus presentaciones, sorprende a un cachurrero que montado en un penco carga algunas baratijas para la venta. La yerba es

tan alta, tan rebelde y tan arisca, que casi cubre a la bestia y al hombre. Entonces, se abre ante la cámara un camino carretero lleno de furnias y pedruzcos, irregular y poco definido, por el cual, con muchísimo trabajo, van y vienen, entrecruzándose, carretas cargadas de sacos y cajones y tiradas por muchos bueyes lentos. El carretero es presentado en su trabajo de boyero y el chico que acompaña a cada uno, en el de narigonero, para impresionar al espectador con la técnica de esos primitivos oficios cubanos. Entre ese va-y-vén de carretas, se vé de pronto a una atascada, tanto, que no puede salir de aquella «guanaja» y después de castigar a sus animales, que son estimulados al efecto con voces fónicas y de mover en el vacío fangoso sus grandes ruedas, pide auxilio a sus colegas.

Seguidamente, la cámara nos lleva a localizar a una volanta que viaja por un trecho anterior de ese propio camino. En ella viajan, además de los sirvientes de costumbre, un caballero y una jovencita, con trajes de la época y bagajes correspon-

dientes. En seguida, la «cangreja» anterior obstruye el paso a los caballos que la conducen. El señor, al verse detenido así, se asoma e inquiera del caso lo que ocurre. Este le muestra el mal estado del atajo, las tembladeras, el fango, las furnias, los pedruzcos que hacen imposible todo escape, pues no existe ningún «desecho» para irse. Volanta y carreta permanecen estancadas frente a frente. Entre los hombres allí presentes hay un guajiro que es preguntado por el señor de la volanta sobre la manera mejor y rápida de salir de tan molesto atascadero. Este le dice que un poco más lejos, por el fondo de su vivienda, hay un atajo pero que antes sería preferible que pasase por su casa para descansar de tanta molestia a la señorita. El viajero acepta. La cámara capta ahora los mil detalles de la típica hospitalidad criolla. Los taburetes. La tacita de café. La cotorra. La familia guajira en su faena doméstica. El techo de vara en tierra. En seguida, mientras los recién llegados beben el café y los otros lo ofrecen, hablan del accidente sufrido por la volanta, de aquel estado de cosas, de lo duro que resulta vivir sin medios de comunicación, sin caminos y sin transporte. El viajero de la volanta, que resulta ser dueño de una finca cercana, dice entonces que se ha enterado de que por una Compañía se están haciendo estudios en la región para trazar un camino de hierro. Asombro de los guajiros, que nunca han oído hablar de «eso». Explicaciones del señor. Contra la realidad amarga, la visión esplendorosa del futuro. El guajiro se encanta. Podrá ir a La Habana. Viajar. Y su Camagüey tan rico y tan desconocido, ganará mucho en ventajas y en riquezas. El Ferrocarril, símbolo del progreso, va a remediar dentro de poco sus necesidades...

Por un efecto fotográfico, se ve entonces la mano de un ingeniero, un corte de sección, la comisión de estudios del camino de hierro, los tránsitos y otras herramientas, los macheteros abriendo paso por veredas tupidas y espesas de las que escapan animales asustados. Distintos aspectos del chapeo y de la tumba. Los machetes. El sudor. La fatiga. Después, aspectos de

veredas abiertas, de desmontes terminados. Se ven las obras iniciales del Ferrocarril: júcaros duros, pernos gigantes, raíles orinecidos, y muchos obreros en plena tarea. Estos cantan un himno al Trabajo, un himno interpretativo del beneficio social

del Ferrocarril. Coro nutrido de voces. Luego, a la caída de la tarde, la cámara ofrece una visión del improvisado campamento, con sus tiendas portátiles y sus moradores entretenidos en distintas labores personales: uno afeitándose, otro cocinando, aquél lavando una camisa, éste poniéndose los zapatos, el de más allá escribiendo, aquél cantando una guaracha, acompañado de una guitarra. Se ve a un guajirito «chévere» que sale montado en una yegüita para ver a su novia distante y también un grupo que bebe un trago en improvisada cantina de esas cuya puerta se sostiene por dos bisagras superiores y se abre de abajo arriba, mientras otro grupo juega al dominó. En ese ambiente de trabajadores, se destacan a la atención del espectador dos hombres: uno, que encarnará la vis cómica de la película; otro, que sería su personaje principal. El primero es un mulatón sencillo, ingenuo, medio hombre y medio niño, que para todo tiene una chacota y nada toma en serio. Todos le buscan en el campamento para pesar el rato. El segundo es el Maquinista de la Compañía, que mueve ahora el tren de materiales. Este tipo joven, enérgico, gentil, sobre cuya vida íntima murmuran con respeto, aunque no comprendiendo bien, los compañeros, ha llevado desde el principio al campamento a una niña de cortos años, que es la mascota de todos allí y por la cual él se preocupa como una madre cariñosa, lavándola, peinándola, jugando con ella, etc. Con su aire menudito y gentil, sus guedejas negras y su gracia pimpante, la chica es el encanto general: la lente la muestra manejando un martillo, que apenas puede mover, manoseando un atravesaño o sobre el tren, montada en el sitio del maquinista y tocando el pito. En las noches es ella también la que entretiene a los trabajadores, cantando y bailando, hasta que el papá la lleva a la hamaca para dormir.

En esto, se hace la inauguración del Ferrocarril, con fiestas propias del acto. Música. Mucho genio pueblerino. Mucha diversión. La escena muestra un tramo de vía por donde corre el tren. En seguida, ofrece caras

asombradas de campesinos que no conciben cómo corre sin caballos ni bueyes. La locomotora marcha cubierta de flores. Antes de partir, la chiquita rompe una botella sobre su casco. Aclamaciones y vítores y suena un pitazo definitivo, que anuncia la llegada de una nueva era de progreso, que salva a la región camagueyana de la incuria y del atraso.

Hay un título que dice:

AÑOS DESPUES

El Ferrocarril es ya un hecho triunfante. La cámara ofrece distintos aspectos de sus estaciones, talleres, naves, depósitos, caseríos que se han creado a su vera, industrias florecientes, etc. Se nota, por todas partes, el cambio beneficioso sufrido por el país. Cada tren dispone ya de numerosos vagones. Hay gran movimiento de pasajeros.

Como jefe de uno de los talleres de la Compañía, aparece ahora un antiguo conocido: el maquinista aquél del tren de gún es lógico, ha envejecido. Está un poco canoso. Y triste. Surgen varias escenas que muestran su bondad y su energía con el personal a sus órdenes. Entre los obreros allí destacados, se ve a un jovencuelo canturreador, despreocupado y jaranero, que no pierde ocasión, cada vez que viene allí la ahijada del jefe —aquella niña del campamento, hoy una doncella;— de galan-tearla y piroppearla un poco. Esta escena da lugar a situaciones cómicas con el fogonero aquél, el mulatón ridículo, que se ha convertido en guardián de la muchacha y la persigue por todas partes, estorbando inclusive sus charlas con el joven en cuestión. Este le toma el pelo a menudo.

Ese estado de cosas, no agrada al viejo jefe, que no simpatiza con el pretendiente, porque no lo cree formal ni lo ha ante adicto a él, ni a la Empresa que ha salvado a Cuba instalando el Ferrocarril. Está celoso, en una palabra, pues teme que le quite a la niña de sus ilusiones, que él ha mimado y educado muy bien. Al efecto, en efecto retroactivo, se ve a la chiquilla educándose en un colegio selecto, donde la visitaba a menudo.

La cámara recoge acto seguido un ambiente de malestar entre los obreros que trabajan en los talleres. Con ese motivo, se convoca a una reunión. En todo ese conflicto, actúa de manera enrubriada un agitador de oficio, que vive al amparo de los incautos y los apasionados, y que obedece a combinaciones políticas.

Los verdaderos obreros, los que están celosos de las mejoras colectivas, sin recurrir a violencias por cosas baladíes, oponen una fuerte barrera a esos logreros y arrivistas. Por lo tanto, ante los asambleístas, se presentan dos tendencias diametralmente opuestas.

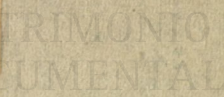
Al presentarse la reunión, se capta el momento en que uno de los revoltosos trata de impresionar con palabras ampulosas y gestos teatrales, ganándose los

aplausos de los que sin razonar caen en la trampa de su oratoria hueca pero efectivista. El otro, contra, se alza la palabra sensata de un obrero íntegro indiscutible, el jefe del taller, que en todo momento ha demostrado su honradez de procedimientos y pide que se serenen los ánimos y se proceda con tacto y justicia. Ante esta conducta discreta, salta la iracundia del revoltoso, que apostrofa al jefe llamándole «guabina».

Entonces, el joven enamorado de la hija de ese jefe, no obstante la frialdad de relaciones que entre ellos existe, se levanta como impulsado por un resorte contra aquella insolencia y sobreponiéndose a la confusión que impera, exclama «que ya es hora de desenmascarar a los granujas», dirigiéndose directamente al falso obrero. Y ante un silencio profundo, hace saber las maquinaciones que urde aquel fogoso señor, y descubre sus relaciones con gentes que han comprado con dinero su conciencia. Estas manifestaciones producen una verdadera explosión moral y el presidente se impone al auditorio para conseguir sosegar los ánimos.

Al día siguiente, en el taller, se comenta de diferentes maneras la reunión anterior. Los amigos del joven canturreador le aconsejan que tenga cuidado. Por otra parte, los que simpatizan con el agitador mantienen una situación provocadora, ocasionando todo esto un estado de excitación general.

El agitador no ha concurrido al trabajo y ronda por los alrededores del taller, con aire de bravucón, lanzando veladas amenazas contra el galán que lo desenmascaró ante todos. A la hora de almuerzo, algunos obreros salen, otros se quedan a almorzar allí. Entre los que van fuera, figura el galán canturreador. Varios compañeros quieren ir con él, para defenderle de alguna agresión, conocida como es la presencia del provocador allí. Pero él rehusa y sale solo. A poco de andar, le sale al paso su antagonista para pedirle explicaciones y reírle. Pero el galán, de común jovial, se transforma



en un valiente luchador. En seguida acuden otros trabajadores, entre ellos el jefe del taller, para poner paz. Cuando todos creían terminado el asunto, el bravucón perturbador saca un cuchillo y, a traición, va a herir al joven, pero, al interponerse entre ambos el jefe, resulta ligeramente herido. Llegan a escena muchos hombres más, unos se llevan al herido y al joven, otros al hechor que, a poco, emprende la fuga y desaparece...

Pensando el jefe que todo aquel lío parará en mal, velando por el porvenir de su hija, se dirige a la administración y pide su traslado como jefe de una estación distante, cargo que se halla vacante. Y es compacto.

Al enterarse de esto, el garán canturreador tiene una entrevista con la hija del jefe del taller y al despedirse, aunque sin declararse su mutuo amor, él le hace saber las simpatías que por ella siente. La muchacha demuestra corresponderle. Al separarse prometen no olvidarse, a pesar de la distancia, ya que el Ferrocarril las aporta...

La lente presenta la nueva instalación del viejo maquinista, ahora jefe de estación. La muchacha adorna con mucha gracia la humilde vivienda. Se la ve marchar de un lado a otro, sembrar flores, cuidar gallinas, etc. Están tranquilos y rien los dos a menudo las ocurrencias del fogonero cómico, que los ha seguido hasta su nuevo destino. La muchacha se impone por su gracia y talento, en la sociedad de aquella población.

En el pueblo anterior, el mozo enamorado ha perdido el buen humor. Está neurasténico desde que la chica se parano. Sus compañeros de taller no logran distraerle ni a fiestas y diversiones. Y no pudiendo soportar más aquella situación, hace gestiones con la administración para que le den una plaza de maquinista. Se la dan y se se le ve manejando un tren de viajeros. El día en que inaugura esas nuevas actividades, pasa por la estación aquella en que su ex jefe reside con la chica de sus ilusiones. En esta primera ocasión, sólo ve al fogonero cómico, a quien pregunta por ella. Aquél, una vez que ha partido el tren, va a dar la noticia a la muchacha. Esta, nervosísima, espera con ansias al tren a su regreso. Se asoma al efecto, a una ventana. Y el galán la ve y, aprovechando que el viejo jefe está entretenido en su oficina despachando boletines, se le acerca y hablan, llenos de gozo. Al darse la señal de partida, ambos se despiden enamoradísimo.

Mientras, en el interior del hogar, pasan los días monotonamente. El padre, al enterarse que el galán pasa por allí a menudo, después de observar que ella está triste y desganada, le aborda el problema. La chica confiesa que ama al garán canturreador. El padre pone sus reparos. Ella le explica que son infundados. Y, al fin, consigue que el padre acceda, luego de prometerle que nunca lo dejará solo, porque él es su grande y único amor.

La lente recoge pavorosos aspectos de mal tiempo: la noche, la lluvia, el agua invadiendo todo, troncos de árboles, reses ahogadas, espanto y desolación por muchas partes. Los vecinos trepados en los techos de sus casas, claman por socorro. La Compañía despacha un tren de auxilios para que recoja a los damnificados de la zona. Es el galán enamorado quien lo lleva. Pero una vez allí, cuando ha recogido a todos los que están en peligro, la tempestad arrecia, caen grandes árboles en la vía, la obstruccionan y el tren no puede continuar. Uno de los damnificados, entonces, se arroja en medio de la lluvia y del peligro y avisa lo que pasa a la estación del viejo jefe. La chica se entera de lo que ocurre y en el acto, desoyendo los ruegos del viejo, sale bajo la tempestad con el fogonero cómico, que salta y brinca a cada charco, para localizar en las viviendas próximas a los miembros de otro tren de auxilios. Por desgracia, todos están ausentes; en ninguna parte responden y la joven decide entonces manejar ella misma el tren para salvar a tanta gente, inclusive al hombre que ama. Así lo hace, auxiliada por el cómico, que le sirve de fogonero. Llegan al sitio de peligro, rescatan a todos y regresan en medio de la expectación y entre los vitores de la población enardecida por aquella demostración de heroísmo femenino. (ADVERTENCIA: si la presentación de la Inundación RESULTASE MUY COSTOSA, PUEDE SUSTITUIRSE POR OTRA CATASTROFE, QUE CORRESPONDA AL SENTIDO DEL ARGUMENTO.)

Se disuelve la anterior escena y aparece entonces una iglesia campesina, en la que ella se casa con él. La lente recoge el adorno floral del templo. Los aldeanos endomingados. Los compañeros del taller, todos de overall, portan grandes alcuizas de maquinista y con éstas les hacen a los novios un arco de honor bajo el cual cruzan satisfechos...

Salen todos a la calle. Se van los novios a la estación y montan en una locomotora que la empresa les permite utilizar en viaje de bodas como premio a la heroicidad de ella. El monstruo de hierro comienza a andar. Los dos, a bordo, van a besarse cuando desde el fondo, el cómico asoma la cabeza y dice:
—Cuidado, que ahí viene un chucho.

FIN

del argumento

CAMINOS DE HIERRO

del País Profundo

IPD
PATRIMONIO
DOCUMENTAL
CENTRO DE INVESTACIONES
DE LA UNAM